LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1890 — NÚM. 432

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RIÑA DE COMADRES

copia del celebrado cuadro de Vojtek Bartonek

En todas partes cuecen habas, lo cual en el presente caso significa que las que nosotros llamamos casas de vecindad son, con todos sus inconvenientes para la salud del cuerpo y del alma, una institución poco menos que universal. En efecto; en todas partes encontramos esas mal llamadas viviendas que parece tienden á resolver el problema de vivir sin luz y sin aire, con sus patios comunes, centros de actividad, casinos, ó como quiera llamárseles, de los vecinos, con sus viejas regañonas y sus hembras de rompe y rasga, de lengua suelta y no muy sujetas manos, con sus fisgones en las dos acepciones en que la Academia admite la palabra y sus desocupados dispuestos á distraerse á costa ajena. Y como las mismas causas producen en iguales circunstancias idénticos efectos, donde quiera que se reunan tantos y tan heterogéneos elementos se reproducen forzosamente escenas como las que tan magistralmente han pintado D. Ramón de la Cruz á fines del pasado siglo y en nuestros días D. Ricardo de la Vega.

El cuadro del pintor bohemio Bartonek (cuyas cualidades como composición y dibujo no hemos de encomiar porque á la vista saltan) es buena prueba de ello, tanto que al contemplar aquella disputa en el patio, al ver aquellas mujeres sacándose todos los trapos á la colada, al examinar el corro de vecinos gozándose en el espectáculo no por lo muy prodigado menos divertido, nos parece asistir á una de las hermosas escenas de *La Casa de Tócame Roque* ó de *Pepa la frescachona*.

UN ARTISTA PRECOZ, cuadro de Juan Looscher

Si por la afición se hubieran de medir las disposiciones artísticas y por la precocidad la magnitud de los genios, el lindo rapazuelo pintado por Looschen sería indudablemente el Mozart de los presentes tiempos. Y no lo decimos por el simple hecho de ver á un niño sentado al piano é hiriendo con sus manecitas las teclas del sonoro instrumento, sino porque, aun visto de espaldas, se adivina por su actitud que el rostro del chiquillo ha de estar animado por un sentimiento más intenso que el deseo de hombrear y de hacer ruido, y se adivina esto gracias al talento del pintor que ha sabido resolver un



RIÑA DE COMADRES, cuadro de Vojtek Bartonek

problema cuyas dificultades son fáciles de comprender, cual es el de dar animación y vida á una figura sin dejar ver de ella lo que más refleja la expresión.

EN EL DESIERTO, cuadro de R. C. Woodville

En el cuadro de Woodville no cabría aplicar al asunto la gráfica frase de la fábula: «No fué león el pintor.» Aquí el personaje (perdónese la palabra) dominante es el rey del desierto y ante su vista el llamado rey de la creación tiembla despavorido después de haber inmolado en aras de su salvación al inseparable compañero de su nómada existencia.

La composición de Woodville tiene toda la grandiosidad que el asunto y el sitio requieren; el pedregoso desierto aparece en toda su horrible y abrumadora inmensidad y las figuras del león husmeando presa más sabrosa y más digna de él que la que entre sus garras tiene y del beduino aterrado ante la gravedad é inminencia de un peligro del que sólo un milagro puede salvarle, están perfectamente concebidas y ejecutadas. Las dos águilas acechando el momento de lanzarse sobre los restos del festín que al león se le prepara, el cielo límpido enviando fuego sobre la tierra y la soledad y aridez de la interminable llanura contribuyen á dar mayor color local al lienzo.

MONUMENTO EN HONOR DE PABLO BAUDRY

Inaugurado el 20 de febrero en el cementerio del P. Lachaise (París)

A raíz de la muerte de Mr. Pablo Baudry, acaecida en 1886, organizóse un comité que presidido por Mr. Bouguereau, se propuso erigir á la memoria del ilustre pintor del vestíbulo de la Opera un monumento digno de él, que fué inaugurado el día 20 de febrero último.

El grandioso mausoleo proyectado por Mr. Ambrosio Baudry, hermano del difunto maestro y arquitecto de grande y merecida nombradía, es de mármol negro; el busto del pintor y las dos estatuas representando el Dolor y la Gloria son de bronce y han sido modeladas respectivamente por Pablo Dubois y Antonino Mercié.

En el acto de la inauguración, el secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes leyó un hermoso y sentido discurso cuyas últimas palabras son el mejor elogio de aquel cuya memoria se ha querido perpetuar. «Pablo Baudry – dijo – demostró en sus obras el espíritu eminentemente francés; por fortuna para él y para nosotros, Baudry mereció bien de la patria.»

EL RECOVERO

copia de un cuadro de J. de Guzmán

¿Quién enseñó á Guzmán el dibujo? ¿quién le inició en los secretos de la pintura? Nadie; decimos mal, Guzmán ha tenido los dos mejores maestros que para tales enseñanzas se conocen: un talento natural unido á felices disposiciones y una afición decidida que pronto se convirtió en pasión invencible por el arte pictórico.

Cajista de imprenta en sus mocedades y más tarde empleado del Ayuntamiento de Málaga, ocurriósele un día viendo pintar á un su amigo D. Leoncio Talavera que lo que éste hacía podía hacerlo él también sin grandes esfuerzos. Y poniendo en seguida en práctica lo que en teoría se le antojaba tan fácil, y sin encomendarse más que á su inspiración y á sus atrevidos alientos, armóse de pinceles y colores, que él mismo se molió, y en un lienzo viejo trazó una copia de un cuadro del amigo citado que inmediatamente vendió en 125 pesetas.

Así comenzó Guzmán.

Animado por este primer éxito, dedicóse á estudiar el natural y á trasladar á la tela los asuntos que más herían su imaginación combinando instintivamente los colores que la naturaleza ponía ante sus ojos y supliendo los recursos artísticos de que apenas tenía idea con las inspiraciones de su fantasía. La Diputación de Malaga quiso pensionarle para que prosiguiera y perfeccionara sus estudios, mas este propósito no pudo realizarse por la circunstancia de no ser Guzmán hijo de la provincia. Entonces marchó á Granada, su ciudad natal, en donde se consagró por entero al arte que tanto le cautivaba, viendo recompensados sus trabajos con resultados de tanta honra como provecho. Sus obras tuvieron fácil salida en los mercados, no sólo de España sino de París y sobre todo de la América del Norte, en donde la firma de Guzmán se cotizó á elevados precios.

Guzmán es un pintor español, mejor diremos andaluz por sus cuatro costados: los asuntos de sus cuadros, los personajes que en ellos figuran, los lugares en que ocurren las escenas, los cielos bajo los cuales éstas se desarrollan y las luces que las iluminan son luces, cielos, lugares, personajes y asuntos de nuestras incomparables provincias meridionales. Es joven y no se duerme sobre sus laureles; confiesa modestamente que le falta mucho camino que recorrer, recobra el tiempo perdido afanándose por sujetar los menores detalles de sus obras á lo que el natural le enseña, bien que procurando atender más al conjunto que á las minuciosidades, y siente y aplica el color con toda la viveza y con toda la brillantez de los hijos de Andalucía.

Hecha á los lectores de La Ilustración Artistica la presentación de nuestro distinguido compatriota, en la actualidad establecido en Barcelona, nada hemos de decir del bellísimo cuadro que reproducimos. *El Recovero* es el compendio y la confirmación de cuanto acerca de su autor llevamos expuesto.

EL PUENTE DEL FORTH EN ESCOCIA

Inaugurado por el príncipe de Gales en 4 de marzo último

En 1873 se proyectó y comenzó la construcción de un puente colgante para poner en comunicación las dos orillas del golfo del Forth y unir de este modo las líneas férreas del condado de Fife, con las de los territorios del Sud; pero un terrible desastre ocurrido en 1879 demostró los inconvenientes y los peligros de aquel proyecto debido á Sir Thomas Bonch. Abandonado este proyecto, los directores de las compañías interesadas en el asunto escogieron, después de maduros estudios, el de puente de acero de vigas equilibradas y vigas centrales de que eran autores sir John Fowler y Mr. Benjamín Baxer. Comenzadas las obras en 1885, prosiguieron sin interrupción los gigantescos trabajos, habiéndose inaugurado el puente el día 4 de marzo último por el príncipe de Gales.

El principio científico en que se funda el puente se comprende viendo la figura 2, imagen sensible de cómo se realiza el equilibrio estático del puente. Cada uno de los grandes tramos es un balancín equilibrado y las dos torres, sobre las cuales descansa, lo sostienen por medio de arcos de compresión en la parte inferior y de tirantes que obran por tracción y que están fijados en la parte más alta de aquéllas. Las torres están representadas en nuestra figura por los dos hombres sentados que con los brazos extendidos y apoyados en dos palos inclinados sostienen el asiento horizontal de un tercero. Las reacciones de los tramos inmediatos están figuradas por los pesos que ponen en tensión el conjunto representado. Los pies de las sillas equivalen á los cuatro tubos perpendiculares de la pila que sostiene las agujas equilibradas: los brazos de los hombres son los arcos superiores (de tensión) y los palos los inferiores (de compresión); el hombre suspendido en el centro es la viga central.

Uno de los problemas de más difícil solución en esa obra era el de la construcción de los cimientos sobre que habían de asentarse las pilas: para ella se montaron grandes cajones parecidos á gasómetros que eran remolcados hasta el sitio en donde debían sumergirse (figura 3) y que se hundían por medio del aire comprimido. Estos cajones, de los cuales se utilizaron seis, tenían en su base un diámetro de 72 pies.

Una vez hechos los cimientos procedióse á levantar las tres pilas (de cuatro columnas cada una) de Queensferry, Inchgarvie y Fife y terminadas éstas á tender las vigas equilibradas, operación sin duda la más notable de cuantas exigió la obra y de cuyas dificultades pueden hacerse cargo nuestros lectores viendo en la figura 4 los detalles de estos grandiosos montantes.

Vamos á consignar algunas cifras acerca de esta obra, la más colosal hasta ahora producida por la ingeniería, cuya magnitud demuestra la figura 1.ª parangonando el puente con dos torres Eiffel colocadas horizontalmente.

La longitud total del puente es de 2.484 metros descompuestos en la forma siguiente:

	Viga de la orilla (Queensferry). . . .	204,00	metros.
	1.ª pila (Queensferry).	43'50	»
1.r tramo	1.ª viga equilibrada.	204'00	»
	Viga central.	105'00	»
	2.ª viga equilibrada.	204'00	»
	2.ª pila (Inchgarvie).	78'00	»
2.º tramo	2 vigas equilibradas y 1 viga central. .	513'00	»
	3.ª pila (Fife).	43'50	»
	Viga de la orilla.	204'00	»
	Total. . . .	1599'00	metros.

y además 594 metros del viaducto Sud y 291 del viaducto Norte.

Las pilas metálicas asentadas sobre las de mampostería tienen una elevación de 109 metros; la altura máxima de la obra, desde los cimientos, es de unos 150, la de la viga central sobre la marea alta de unos 120. El peso del acero empleado se eleva á 15.000 toneladas y el coste total de la obra que se presupuestó en 40 ha ascendido á 75 millones de francos.

EL AÑIL ARTIFICIAL

Fué por bastante tiempo obra destructora la labor fecunda de los químicos. Sus afanes estaban puestos en el conocimiento minucioso de las substancias elementales de los cuerpos, y consagrada su actividad y dedicados los métodos de investigar al puro análisis, procedieron destruyendo, á la continua, cuanto había creado la afinidad en sus variados modos de manifestarse. Era necesario transformar los cuerpos, hacerlos derivar unos de otros, llegar al límite nombrado elemento químico, aniquilando, para ello, las formas primordiales de los compuestos, aquellas formas que la Naturaleza les diera al constituirlos. Las primeras materias y los productos naturales fueron de tal suerte metamorfoseadas; no se perdonó medio de cambiar, trastornando el equilibrio de los componentes, la manera de ser de todas las substancias, y el trabajo que sin cesar destruía para conocer produjo las series inmensas de compuestos que la Química conoce: tratábase al cabo de averiguar los productos de los sucesivos cambios de la energía cuando afecta la forma de la afinidad, y antes de llegar, por ejemplo, desde uno de los primeros hidrocarburos á los elementos carbono é hidrógeno que los constituyen todos, se procedía eliminando este último cuerpo y de ahí origináronse, en cada caso, nuevos compuestos también hidrocarbonados en los que dominaba el elemento carbono. Muchos caminos sigue el análisis en sus procedimientos, base de la mejor y más conocida parte de la Química, y todos llevan de tal suerte á la destrucción de los cuerpos que su límite y término es el elemento químico, del que ya nada puede sacarse como no sea transformarlo en alguno de sus estados alotrópicos, si por acaso los tuviera. Un ejemplo, que es la operación más corriente efectuada con los materiales que la Naturaleza presenta, pondrá en claro mi pensamiento.

A partir del principio leñoso de los vegetales, organizado é insoluble, pueden obtenerse, siempre descomponiendo, la glucosa, el alcohol, el gas oleificante y el rutileno sucesivamente, es decir: partiendo de una materia compleja se llega á uno de los más sencillos hidrocarburos pasando por una serie de cuerpos bien relacionados, producto de verdadera descomposición. Otras veces procédese quemando y entonces, eliminando agua y ácido carbónico, según los casos, se pasa del alcohol al aldehido, de este al ácido acético, luego al oxálico y al fórmico para venir á parar, en último término, al óxido de carbono y al agua.

Al lado de esta obra destructora se presenta, en nuestro tiempo, la fecunda labor creadora de la síntesis, con sus métodos generales y sus resultados prodigiosos. No se llega, es cierto, á la materia organizada del leñoso; pero á partir de sus elementos y de combinaciones de mayor sencillez, se obtienen las especies químicas y alguna vez—como sucede en el caso de la urea—los principios inmediatos enteramente iguales á los elaborados por los organismos. Con el hidrógeno y el carbono se hace uno de sus primeros compuestos y este es base de alcoholes, ácidos, aldehidos y cuantos derivados determina el análisis, y se comprende bien cómo el papel de la síntesis no está limitado á preparar cuerpos, mediante los cambios de reacciones sencillas, casi siempre, sino que se adelanta hasta revelar la verdadera constitución de las substancias y los mecanismos que las originan y de ahí su interés é importancia dentro del cuadro general de los conocimientos químicos. Además, según en las operaciones del análisis obtiénense cuerpos que al momento reciben aplicaciones y sirven para llenar necesidades del hombre, mediante la síntesis—y son buen ejemplo el añil y la alizarina—se preparan substancias utilísimas que, aunque formadas por la Naturaleza en las plantas y en los animales, extráense con dificultad y apenas bastan para satisfacer su ordinario consumo. Hoy el análisis revela la composición de los cuerpos, llegando hasta sus elementos; la síntesis parte de ellos y apelando á los agentes naturales constituye el cuerpo primitivo, averiguando todas las metamorfosis y asistiendo á cuantas modificaciones experimentan las substancias hasta adquirir aquel equilibrio nombrado estado final.

Luego que se descubrieron los métodos sintéticos, gracias singularmente á los clásicos trabajos de Berthelot, por necesidad había de intentarse reproducir substancias complicadas, procedentes de organismos, muy empleadas en la industria. Y como á la par que se realizaban los mejores resultados de la síntesis obteníanse los magníficos colores de los derivados de la hulla, dirigióse la atención de los investigadores, y pusieron todos sus esfuerzos en el trabajo, á reproducir y preparar las materias colorantes, casi todas de origen vegetal, que empleaba ya de antiguo el arte de la tintorería y fijaba en los tejidos. Entre ellas la alizarina de la rubia y el añil de las plantas llamadas indigóticas llamaron particularmente la atención de los sabios; practicáronse muchísimos trabajos, estudios minuciosos y ensayos complicadísimos; durante largo tiempo la síntesis de aquellos cuerpos fué un problema puesto á la orden del día y jamás resuelto, hasta que no ha mucho la alizarina y el añil fueron sintetizados por Baeyer y Graebe y no sólo su formación constituye notable experimento de laboratorio, sino un método industrial con tan raro éxito puesto en práctica que la alizarina y la indigotina que ahora se fabrican y emplean son productos sintéticos, preparados por vía química y sin apelar para nada á las plantas de que tales materias colorantes se extrajeron durante largo tiempo.

Pertenece el añil á un grupo singularísimo de cuerpos, de donde por vez primera en 1840 obtúvose la anilina—ahora fabricada con la nitrobencina—base orgánica de donde tantos y tan útiles cuerpos proceden. Cuando se analizó la indigotina vióse que se componía, al igual de muchísimas otras materias extraídas de las plantas, de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno, fijóse su fórmula y queriendo averiguar acaso medios de extraerla á menor costo, ó pretendiendo quizás obtener de ella nuevos derivados colorantes, se sometió á la acción de muy variados reactivos de donde resultaron nuevos cuerpos que si arrojaron mucha luz acerca de la constitución del cuerpo en que me ocupo, fueron los preliminares de su síntesis con tan admirable éxito realizada, lo mismo partiendo de un hidrocarburo que valiéndose de un cuerpo más sencillo entre aquellos de que puede la indigotina derivarse mediante transformaciones conocidas.

Todo el mundo sabe que según la *rubia* da productos colorantes rojos, entre ellos la alizarina, algunos géneros de *indigofera* de las Indias dan el índigo ó añil de hermoso color azul, conocido al igual del color púrpura y empleado desde antigüedad remota en la pintura, pero no generalizado ni usado en el tinte de las telas hasta mucho después. Su empleo, que perjudicaba á los que cultivaban plantas tintóreas y de ellas extraían materias azules, estuvo con severas penas prohibido y hasta Enrique IV de Francia publicó un edicto condenando á muerte al que usara la planta del índigo, á la que las supersticiones de la época hicieron sobremanera perniciosa, inmoral y dotada de propiedades maléficas por ser nada menos que el alimento preferido del diablo mismo. No obstante las trabas puestas, el uso del índigo fué generalizándose y el círculo de sus aplicaciones ensanchóse con bastante rapidez sobre todo desde que supo aplicarse á las telas, obteniendo buenos y permanentes azules.

En manos de los químicos fué el añil la base y punto de partida de numerosos descubrimientos. Ya he dicho cómo se obtuvo la anilina y fué mediante destilación seca del índigo con la potasa cáustica: con la sosa y el bióxido de manganeso se preparó el ácido antranílico, del cual el calor separa anilina y ácido carbónico. Del índigo deriva también, cuando se somete á los oxidantes, el importantísimo cuerpo llamado isatina, de color obscuro y cristalizado, pero sin propiedades tintóreas; de la isatina procede el dioxindol, ácido que cristaliza en agujas amarillas y da, reduciéndose, el oxindol en cristales incoloros y de aquí se pasa al indol, cuerpo contenido en el jugo pancreático, sólido, incoloro y susceptible de cristalizar fácilmente. Se comprende con sólo estas indicaciones cómo es posible transformar y metamorfosear el índigo ó añil, y debe notarse que ninguno de los derivados que he referido es materia colorante: su interés se halla en que siendo productos de los reactivos sobre la substancia colorante en que me ocupo, hacen pensar si ella misma, á su vez, procede de transformaciones semejantes, idea que ha servido de guía en los diferentes procedimientos de su síntesis.

A ella hubo de preceder necesariamente la del indol. Partiendo del ácido cinámico, que se encuentra en el bálsamo del Perú y puede obtenerse también oxidando el aldehido cinámico, que es la esencia de canela, y del ácido nítrico, se prepara el ácido ortonitrocinámico que con la potasa y limaduras de hierro da el indol. A su vez la isatina cuando pierde oxígeno, calentando tricloruro de fósforo, cloruro de acetilo y fósforo, produce un líquido verde del que el agua precipita una materia azul, que es el añil mezclado con su isómero la *indigopurpurina*. Sintetizado el oxindol y transformado luego en isatina, faltaba, al convertir ésta en añil, privarlo de la materia colorante que lo acompaña al precipitarse, y al resolver el problema se establecieron los nuevos y más seguros caminos de la síntesis del índigo, ahora procedimiento industrial que los alemanes emplean mucho. Al principio se usó un método indirecto fundado en las transformaciones del ácido ortonitrocinámico, de donde derivan me-



UN ARTISTA PRECOZ, cuadro de Juan Looscher

diante el ácido hipocloroso el ácido ortonitrofenilclorláctico y cuando éste se trata con los álcalis el ácido ortonitrofeniloxianflico, cuyo cuerpo, calentado á ciento diez grados, produce en seguida la indigotina, á cuya síntesis se llega asimismo en el tratamiento del referido ácido ortonitrocinámico por el bromo que lo transforma en ácido ortonitrofenilpropiólico, que los reductores convierten en hermoso añil, y como si esto no fuese bastante, á lo menos desde el punto de vista teórico, se obtuvo el mismo cuerpo directamente con la acetona y el aldehido ortonitrobenzoico atacados por los álcalis.

El eminente profesor Baeyer, no contento aun ni satisfecho de sus experimentos, emprendió el estudio minucioso de las reacciones que producen el añil del ácido ortonitrofenilpropiólico y aisló una serie bastante numerosa de cuerpos intermediarios, cuyo conocimiento enseña cómo la indigotina resulta de unirse dos moléculas de indoxilo eliminándose hidrógeno, y véase de qué manera los procedimientos sintéticos, revelando la constitución de los cuerpos, consienten establecer métodos de obtenerlos en grande. Hoy, partiendo de un hidrocarburo ó de un aldehido, prepara la industria el añil de los ácidos derivados del ácido cinámico, como partiendo de otro hidrocarburo fabrica alizarina, y tomando por base la glicerina ó la acroleina sintetiza la glucosa. Hay más todavía. Al obtener, por ejemplo, derivados de los colores de la sosanilina se forman nuevas bases é isómeros de diferentes tonos, que enriquecen la larguísima serie de materias colorantes industriales, así también en los primeros métodos de síntesis del añil se forma, como producto secundario, la indigopurpurina cuyas cualidades pronto la hicieron útil.

Del laboratorio de Baeyer salió la fabricación del añil como de los trabajos del profesor de Ginebra, mi buen amigo Graebe, salieron los métodos hoy aplicados en grande para obtener alizarina. Pudiera añadir todavía que actualmente la síntesis de las materias colorantes, así se trate de reproducir las que aparecen formadas en las plantas, como de crear nuevos derivados, sometiendo las primeras materias á los reactivos y métodos de la Química, lógrase en virtud de procedimientos generales, consecuencia legítima de un estudio teórico profundo que ha revelado, á ejemplo del caso del añil, cómo se forman y constituyen los cuerpos objeto de la síntesis y de qué manera, estableciendo relaciones puramente químicas, se llega á vislumbrar siquiera una ley de derivación, en cuya virtud se enlaza y une lo más separado en apariencia, asegurando, en el presente, los mejores resultados de procedimientos que se creen muy teóricos y prometiendo en lo porvenir mayores conquistas en el campo de los hechos, que llevarán á más importantes síntesis y acaso consientan la total y completa de los principios inmediatos.

José Rodriguez Mourelo.

SER FELIZ PORQUE... SI

Yo no sé quién ha dicho que para ser feliz basta querer serlo y yo tengo para mí que esta es una verdad tan grande como dos y dos son cuatro.

¡La felicidad! ¿Qué es la felicidad?

Me lo pregunto una vez y otra y otra luego y no doy con la respuesta, pero tampoco sabría contestar si me preguntara qué es la vida, y no obstante sé vivir y vivo.

Lo mismo me ocurre con la felicidad. No sé lo que es, pero sé ser feliz y lo soy.

La felicidad, la dicha, dirá alguno, no existe en la tierra; nadie es feliz, el mundo es un valle de lágrimas; y á esto me permito objetar, que tales vaciedades debió inventarlas algun misántropo en un momento de dolor de estómago.

La felicidad es una realidad, es un don de que algunos gozan; pero he de confesar que no á todo el mundo le es dado gozar de ese don.

Hay hombres que nacen morenos, otros nacen rubios.

Unos son necios, otros sabios.

Ricos los de arriba, pobres los de abajo.

Nobles y de sangre azul, los unos; plebeyos y de sangre del color del pimentón, los otros.

Hermosos los de este lado, feos los del otro.

Nacen unos jorobados, otros nacen derechos como un huso.

Simpáticos son los de aquí, antipáticos los de acullá.

Y de la misma manera, nacen unos para ser felices y otros para ser desdichados.

El que corcovado nació, no puede librarse de su corcova; ésta le sigue siempre si á la espalda la lleva, ó le precede si su corcova es del pecho, ó le convierte en un emparedado de jorobas, si la naturaleza le corcovó por delante y por detrás.

Lo mismo ocurre con la desdicha y con la felicidad.

Nace un caballerete llevando á sus espaldas la desventura; pues inútil será su empeño si quiere dejarla á un lado, su desdicha le seguirá siempre.

Nace otro caballerete y ante él comienza á marchar la felicidad, como arrogante gastador, ó como heraldo de dichas y buenas nuevas; pues inútil será su empeño si pretende buscar la desgracia.

El primero será como el caballo de Atila: donde pise no volverá á nacer hierba.

El segundo como el rey Midas, aunque sin asnales orejas: cuanto él toque se convertirá en oro.

De todo esto deduzco que la felicidad existe, como existe el dinero; esto es, que unos tienen y otros deben.

Se es feliz porque se es; mas así como, si se nace rubio, cabe teñirse el pelo, y si se nace pobre cabe enriquecerse; si se nace desdichado, desdichado se muere.

Esta idea, de la cual nadie me apea, há mucho tiempo que se pasea por todas las antesalas, salas, gabinetes, pasillos y desvanes de mi cerebro, y si ante ella se presentara algun obstáculo, saltaría por él con la ayuda de cierta historia de la que he sido testigo en mi vida y sobre todo recordando que yo soy un ejemplo vivo de mi tesis.

No nací sabio y me considero feliz.

Pobre nací, y rico soy de felicidades.

Plebeyo por mi nacimiento, no cambio mi plebeya cuna por la más noble y empingorotada, pues en mi villanía por feliz me tengo.

Feo soy como una grosería, pero feliz me hace mi fealdad, pues á ella debo no causar envidias y quizá todas mis dichas, que con razón dijo el poeta: – ¡Ay infeliz de la que nace hermosa! – y yo supongo que el poeta no dijo: – del que nace hermoso, por la fuerza del consonante, pero que tan cierta debe ser la infelicidad de las hermosas como la de los hermosos.

Mas basta ya de lo que á mí me ocurre, que seguramente tendrá sin cuidado al que esto lea, y vamos á la prueba de mi tesis con la historia de que antes hablé.

Así como el filósofo probaba el movimiento andando, yo probaré que hay felicidad presentando el ejemplo de un hombre feliz, sin que para serlo hiciera nada, y que hay desdicha presentando el ejemplo de otro desdichado y que hizo cuanto en su mano estuvo para vencer su desventura.

Estrujo pues mi memoria y allá va la historia ó el cuento ó lo que quiera que sea.

Próspero Félix Buenaventura de Lachance nació el 31 de diciembre del año tal, día de la Virgen de la Leche; y Lucas Gómez y Malombre el 31 de agosto, día de San Ramón Nonnato.

Mas véase lo que son las cosas y con cuánta razón dicen los franceses que *le nom ne fait rien á la chose*.

Próspero Félix Buenaventura, nacido el día de la Virgen de la Leche, no probó la de su madre, pues su nacimiento fué tan difícil que tuvo que ser bautizado por el comadrón, que creyó moriría en seguida, y al nacer el niño dió la muerte á su madre, y en cambio Lucas Gómez vino al mundo en dos minutos y su madre á los pocos días de darle á luz se comía medio pollo, y pensaba que Dios la había eximido de aquel castigo que impuso á Eva y á toda su descendencia, femenina por supuesto, y que expresó en la frase de: «parirás los hijos con dolor.»

Los padres de Próspero Félix Buenaventura eran bien conformados, robustos y hermosos, y el niño nació encanijado y feo.

La madre de Lucas era muy fea y gozaba de tan poca salud que sus padres se habían opuesto al matrimonio, pues los médicos habían dicho que estaba en el primer grado de tisis y que el cambio de estado la mataría. Como casi siempre sucede, ocurrió lo contrario de lo predicho por los médicos; la mamá de Lucas halló la salud en el matrimonio y Lucas nació hecho un rollito de manteca y rebosando salud y vida por todos sus poros.

He dicho ya que la madre de Lucas era fea, pero se me ha olvidado decir que el papá era mucho más feo, y ahora debo hacer constar que de aquellas dos fealdades nació una preciosidad. Lucas era el niño más bonito que madre alguna pueda desear.

Tenía una boquita que parecía una guinda partida por la mitad, por lo roja y chiquita; sus ojos eran negros como las moras, sus mofletillos del color de la leche; sus cabellos rubios y rizados parecían de huevo hilado; así que con razón decían cuantos le veían: – ¡Qué niño tan hermoso; da ganas de comérselo... á besos!

La descripción de Próspero Félix Buenaventura vale más callarla para no dar un susto á los lectores. Era feo como una noche de truenos, daba un susto al miedo, y su fealdad era tanta que producía el efecto de la cebolla al ser picada; hacía que al mirarle le llorasen á uno los ojos.

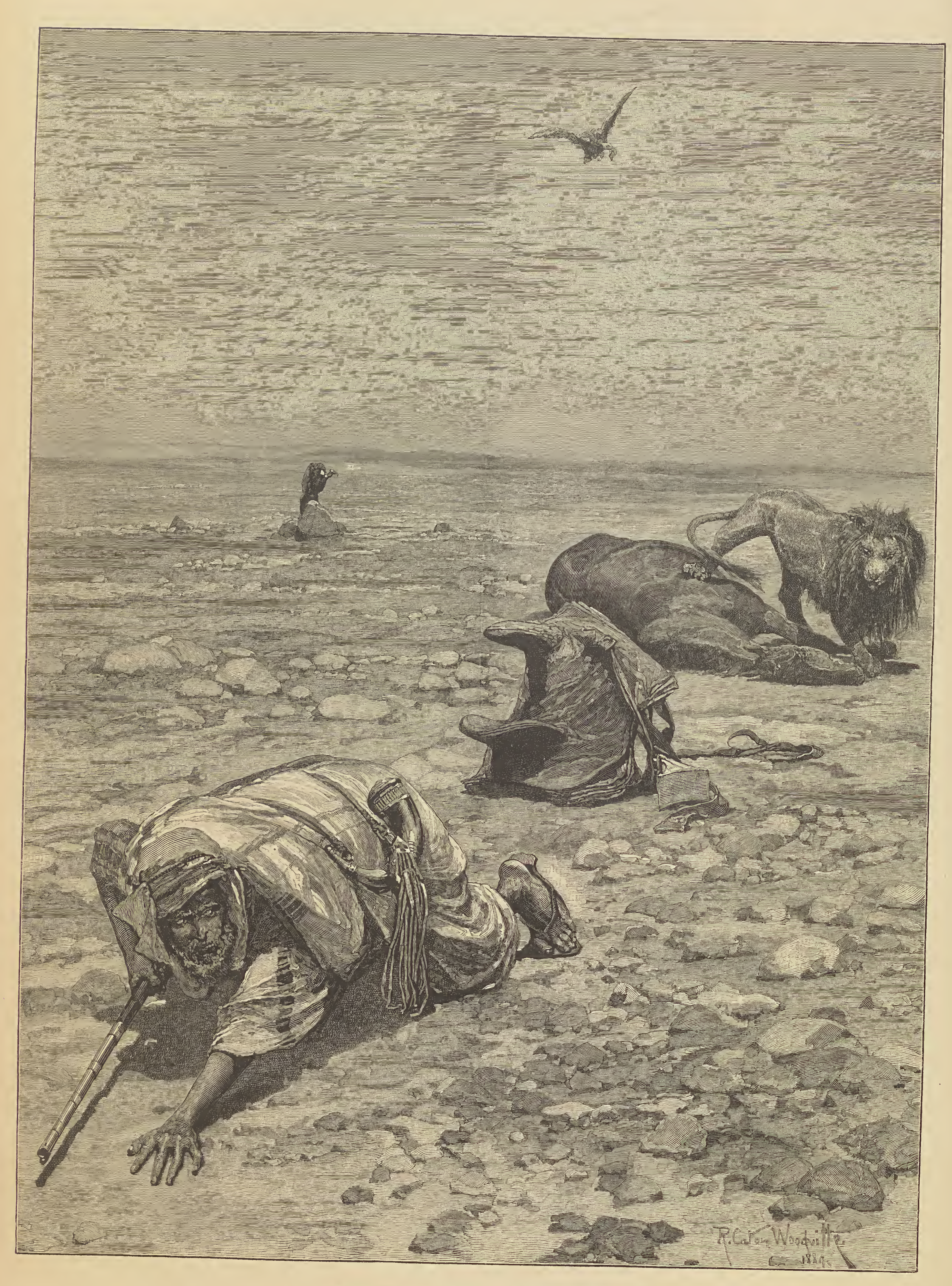
Murió la madre de Próspero al darle á luz, como ya se dijo, y cuando hubo transcurrido un año, su papá contrajo segundas nupcias con la dueña de una casa de huéspedes que frente á su casa vivía.

El pobre Próspero Félix Buenaventura se vió tratado por su madrastra como ésta había tratado á sus huéspedes. Se le tasaron las papillas, durmió en cuna que de todo tenía menos de blanda, y en una palabra vivió en la casa de su padre, peor que en la de su madrastra habían vivido los huéspedes que se comprometieron á pagar seis reales diarios con principio y que principiaron por no pagar los seis reales y quedarse sin principio desde el principio de su entrada en la casa.

Lucas Gómez halló en el seno de su madre, dulces cariños para el alma, y para el cuerpo suave calor y alimento abundante y sano.

Transcurrieron algunos años.

La casualidad quiso que Lucas y Próspero que habían



EN EL DESIERTO, cuadro de R. C. Woodville



MONUMENTO EN HONOR DE PABLO BAUDRY

Inaugurado el 20 de febrero en el cementerio del Padre Lachaise (París



LA FIESTA DE LA ALDEA, cuadro de Rafael Annegiso, grabado por Mancastropa

(Exposición Universal de París de 1889)

nacido cada uno de ellos en un extremo de Madrid, se conocieran en un colegio.

Próspero fué llevado á él por empeño de su madrastra que quiso librarse de su presencia.

Lucas contra la voluntad de su madre, pero obedeciendo á las órdenes de su padre, quien se decidió á llevar el niño al colegio para ver si allí le corregían de las malas mañas que el excesivo y mal entendido cariño de su madre había hecho que aprendiera.

En el colegio hicieron grandes amistades Próspero y Lucas.

Juntos empezaron á aprender la declinación de *musa* y *dominus*.

Próspero tenía una memoria felicísima, una inteligencia clara y una notable aplicación.

La memoria de Lucas no le servía más que para acordarse de los mimos de su mamaíta; su inteligencia era despierta y viva para asimilarse todo género de travesuras y de maldades, y su aplicación fué notable para aprender el juego del tres en raya, la manera de echar la zancadilla á un compañero más fuerte y el sistema de tener engatusados á los profesores con ciertas mañas, hipocresías y zalamerías que disimulaban y hasta sustituían su desaplicación y su supina ignorancia.

Próspero sintió desde el primer momento un cariño grande y desinteresado por Lucas y éste en cambio pagó aquel afecto con burlas é ingratitudes.

Los jueves, día en que los colegiales eran visitados por sus padres, recibía Lucas la visita de su mamá, y después de la visita volvía al patio de recreo, con la cara llena de besos y los bolsillos repletos de dulces.

A Próspero nadie iba á visitarle. Para él los jueves eran como los lunes y los demás días de la semana, y si los confiteros hubieran tenido que vivir de la ganancia que él ó los suyos les hubieran dejado, seguro es que ni una confitería hubiera existido.

Próspero no sentía envidia por la suerte de Lucas, ni de los demás compañeros que como éste se veían obsequiados por sus padres ú otros parientes con dulces y juguetes.

Lucas aun teniendo el estómago sucio por el abuso del azúcar, creíase desgraciado en ocasiones porque algún compañero tenía algo de que él carecía.

Próspero reía siempre. Sin deseo y sólo por hacer rabiar á su amigo Lucas, hacía ademán de arrebatarle alguna golosina en el momento en que iba á comerla, y al ver el susto y la acongojada cara de su condiscípulo reía á mandíbula batiente.

Si en la clase de latín preguntaban á Lucas el futuro perfecto de subjuntivo, Próspero que se hallaba sentado junto á él sonreía de satisfacción viendo que podía apuntarle y que su amigo salía del compromiso.

Próspero era feliz porque podía dar algo á Lucas; los productos de sus estudios y de su aplicación; y más feliz aún porque nada recibía en cambio, y sobre todo porque nada deseaba de cuanto poseía su amigo.

Llegaron los exámenes de fin de curso.

Momentos antes de ser llamado Lucas por el tribunal que había de calificarle, se le ocurrió preguntar á Próspero qué era una oración de pasiva y cómo podía definirse en Religión y Moral la indulgencia.

Próspero le dió una explicación clara, tan clara que la inteligencia de Lucas supo apoderarse de aquellas ideas.

Entró á examinarse Lucas y la suerte quiso que le preguntaran qué era una oración de pasiva, en su examen de latín, y qué entendía por indulgencia. Tan recientes estaban las lecciones que le diera Próspero, que como un papagayo las repitió causando la admiración de los examinadores que le calificaron de sobresaliente.

Entró á examinarse Próspero, le preguntaron cosas que de puro sabidas, olvidadas las tenía; contestó á ellas, pero sin lucimiento y distraidamente; pues en aquel momento pensaba en lo que iba á reirse cuando refiriera á Lucas que el profesor de latín tenía la nariz tiznada con el humo de un fósforo y que había vertido sobre unos papeles el tintero creyendo que era la salbadera.

Contestó Próspero á las preguntas que le hicieron conteniendo la risa, y el profesor al verse objeto de aquella risa que él calificó de burlona, movido por una mala pasión y sin considerar que Próspero contestaba discreta y acertadamente, no creyó que merecía otra nota que la de mediano.

Juntos salieron Próspero y Lucas del colegio y juntos comenzaron sus estudios de Derecho en la Universidad.

Lo que en el colegio les había ocurrido, les ocurrió cuando comenzaron sus estudios de facultad.

Uno fué aplicado é inteligente.

El otro holgazán y adulador.

Este se llevó la palma.

El primero, que es quien la merecía, hizo que se la dieran al segundo, pero segundo en todo.

Lucas iba bien vestido; en su casa era un tiranuelo; sus padres satisfacían todos sus caprichos.

Visitaba los teatros, iba á San Sebastián en los veranos, llevaba siempre en los bolsillos tres ó cuatro duros para malgastarlos.

Próspero jamás estrenó una prenda de vestir. Los gabanes de su padre que ya habían sido usados por el derecho y por el revés, se convertían por arte de un sastre de portal en americanas, que lucían sobre su cuerpo las dos caras que siendo gabanes lucieran.

Si alguna vez visitó los teatros fué en clase de alabardero. No conocía más San Sebastián que la iglesia de este nombre, y jamás vió reunidos en su poder más que dos reales que adquirió cierto día vendiendo un montón de periódicos que en la buhardilla de su casa había; y por cierto que cuando su madrastra se enteró de aquella venta, le regaló los oídos con palabras que más de dos reales hubiera dado Próspero por no oirlas.

A pesar de todo, ¿quién era más feliz?

Lucas oía á algunos amigos suyos que en verano iban á París y quería ir también; pero no pasaba de San Sebastián.

Si él estrenaba seis trajes al año, otros había que estrenaban doce.

El frecuentaba el teatro Español y la Comedia y otros iban todas las noches al Real.

Alquilaba él algún día que otro un mal caballejo y el hijo del conde de Q. tenía dos caballos y una preciosa *charrette*.

El sólo podía alquilar y no siempre un *simón ilustrado* del Ateneo, como el hijo del conde de Q. llamaba á los coches de aquella sociedad.

Lucas era algunas veces feliz, pero siempre lloraba por lo que quedaba.

Próspero en cambio reía siempre; no lloraba por lo que quedaba, porque á él todo le faltaba, pero tenía de sobra risa en el alma, risa en los labios y risa hasta en las botas y en la parte trasera de los pantalones. Todo en él era risa.

Mirábase en el espejo y su fealdad le hacía sonreir.

Ocurríale una aventura y olvidaba el lado doloroso para no ver más que el lado cómico.

Rasgábanse sus botas, y al pintar con tinta sus calcetines, hacíase cosquillas en el dedo meñique y acompañaba á sus botas riendo á carcajadas.

Todo en él eran risas francas, excepto las sonrisas de sus pantalones que eran vergonzosas, como él decía, puesto que se ocultaban bajo los faldones de su largo y mal cortado *chaqué*.

Acabaron Lucas y Próspero su carrera de abogado en el mismo año.

Lucas por influencias de su padre y de su padrino, que era, por aquella época, subsecretario del ministerio de Gracia y Justicia, consiguió que le dieran en dicho ministerio un destino de doce mil reales anuales.

Próspero estuvo durante algunos años defendiendo á pobres y parientes y ganó los asuntos de los pobres, que como pobres no podían pagarle, y perdió los de los parientes que si podían pagarle no quisieron hacerlo, pero que para compensarle de su trabajo le calificaron de abogadillo de secano.

Tres ó cuatro años habían pasado desde aquel en que Lucas y Próspero habían concluído su carrera, cuando se cometió en Madrid un crimen de esos que llaman la atención pública.

Buscando el renombre y la reputación fué Próspero á ofrecerse como abogado defensor del autor de aquel crimen y supo con gran alegría que ya se había encargado de la defensa su amigo Lucas.

– ¡Me alegro! se dijo, más vale que sea él que no otro cualquiera. Y en seguida se echó á reir pensando en los apuros que habría de pasar su amigo, que no sabía una palabra de derecho y que aquel año era el primero que ejercía la profesión.

Pensando estaba en esto cuando se presentó en su casa Lucas.

– Dichosos los ojos que te ven, díjole Próspero. ¿Qué te trae por esta casa?

– ¡Ay, amigo Próspero! soy muy desgraciado.

– ¿Desgraciado tú? ¡Tú, el niño mimado de la fortuna!

– No te burles, Lucas. Estoy en un compromiso grandísimo. Sin solicitarlo y por dignidad, he tenido que aceptar la defensa de ese bárbaro que mató á su mujer y á sus cuatro hijos y que tantas atrocidades hizo, y la verdad, yo en mi vida me las he visto más gordas y no sé qué hacer, ni por dónde empezar, y tan apurado me veo que ya ignoro hasta cuál es mi mano derecha.

– ¡Hombre! já, já, já! contestó Próspero, me imaginaba que te ocurriría eso y al pensarlo me reía, y perdona, pero siento ganas de reir. Y al decir esto siguió riendo, hasta que de risa se llenaron sus ojos de lágrimas.

– La verdad es, replicó Lucas algo amostazado, que no veo dónde puedas hallar motivo para esa alegría tan estúpida.

– No te incomodes, muchacho, le contestó Próspero. Si me río es porque me considero muy feliz.

– ¿Fundas tu alegría en el mal del prójimo? objetó Lucas algo escamado todavía.

– No, hombre, no; soy feliz, porque yo puedo ayudarte á salir de ese atolladero.

– ¿De veras me ayudarás? No me atrevía á proponértelo. ¡Oh, mi buen amigo Próspero! añadió dándole un apretadísimo abrazo; me salvas, me salvas y yo sabré recompensarte.

– Déjate de necedades y recompensas; ¿quién te habla de eso y quién te pide ni recompensa, ni agradecimiento? Entre los dos defenderemos á ese bárbaro, y si logramos librarle de la horca, seré felicísimo. Estoy seguro de que más que criminal es un loco, y como dicen que yo tengo algo de loco también, desde el primer momento en que se hizo público su delito atroz, sentí por él cierta simpatía. Dios nos cría y nosotros nos juntamos; yo debía defender á ese loco, y le defenderé y le salvaré.

– Le defenderemos y le salvaremos, querrás decir, interrumpió Lucas dejándose llevar por una necia vanidad, puesto que no vengo á pedirte más que tu cooperación.

– Sí, hombre, sí; ya lo sé y sé también que sólo una modestia excesiva y el gran cariño que me profesas te ha movido á venir á buscar una cooperación que no necesitas.

Lucas en su fatuidad creyó lo que su amigo le decía, y Próspero al verlo, fué feliz, pues una vez más, daba algo sin pedir nada en cambio.

Todos los escritos de defensa de aquella causa célebre, los escribió Próspero y los firmó Lucas.

Próspero escribió el discurso que Lucas había de pronunciar en la vista pública, y se lo hizo aprender de memoria y se lo ensayó durante quince días.

Lucas adquirió por aquella defensa un gran renombre de notabilísimo criminalista, y el autor del crimen fué declarado loco.

El día en que se publicó la sentencia, Próspero no cabía en sí de gozo. Lucas se sintió triste y desdichado. Todo el mundo le festejaba; únicamente le trató con cierto desprecio aquel á quien según creía todo el mundo había librado de la horca.

El declarado loco sabía solamente que si él era loco, su abogado era imbécil.

Transcurrieron dos ó tres años más.

Lucas ocupaba una posición social brillantísima.

Próspero se hallaba en un estado que á cualquier cosa se parecía menos á su nombre, pero satisfacía todas sus necesidades, que eran pocas, y estaba siempre contento como unas pascuas.

Concurría Próspero á las reuniones que todos los miércoles daban los marqueses de Gaufín y á las que asistía una linda muchacha llamada Ernestina Flausián.

Próspero se enamoró de Ernestina y vió correspondido su amor.

Ernestina era muy linda, pero también era coqueta y más coqueta que linda.

Contaba veintiséis años de edad, pero no podía contar los novios que había tenido porque eran como los mártires de Zaragoza; esto es, innumerables.

La posición de Próspero no era muy desahogada, y por lo tanto no podía excitar la codicia de Ernestina, pero ésta escuchó su amor con agrado por la misma razón que había escuchado cuantos amores la dijeron, es decir, por coquetismo y sobre todo porque veíase ya en la antesala de los treinta años, de esa edad en que las mujeres empiezan á ejercer el papel de solteronas y á pensar en los vestidos que habrán de hacer á sus sobrinos, si los tienen, ó á niños de cera.

Pensaba ya en casarse Próspero cuando fué presentado en casa de los marqueses de Gaufín el afortunado Lucas.

Su fortuna se confirmó una vez más.

Apenas le hubo visto Ernestina enamoróse locamente de él; pero aquella vez era de veras.

Ernestina era coqueta por lo que lo son casi todas las que tienen este estúpido defecto, porque era tonta; y como tonta que era se enamoró de la arrogante figura y del hermoso rostro de Lucas, sin comprender que «hermoso era el busto, pero sin seso».

Final de este episodio: Lucas desbancó á Próspero y se casó con Ernestina.

En un principio esta derrota escoció algo á Próspero, pero su buen sentido le hizo comprender, cuando se pasó el apasionamiento, que Ernestina era una coqueta y muy pronto se consoló.

Como el amor que sintió Ernestina por Lucas era verdadero, corrigióse ésta de su coquetismo y fué un modelo de buenas esposas.

¿Fué feliz Lucas?

No. Se había casado por vanidad solamente, deslumbrado por la belleza de Ernestina, pero se acostumbró á su belleza, y si para todos subsistió, desapareció para él.

Próspero se casó también.

Su mujer era fea, de un genio endiablado, celosa, gruñona y aun tuvo otros defectos que... que es mejor callarlos.

¿Fué feliz Próspero?

Sí, lo fué porque, porque... sí.

Y este cuento se acabó.

Habrá alguno que diga que Próspero fué un imbécil; quizá tenga razón, pero yo tengo para mí que no fué tal.

Próspero fué feliz porque desde muy niño aprendió la máxima que dice que para ser feliz basta querer serlo.

Quizá también influyó en la conducta de toda su vida, que había adivinado que el novelista francés Emilio Zola había de escribir la novela titulada *La joie de vivre* y vivió tan sólo por la alegría de vivir, y finalmente porque Próspero era algo filósofo y tomó las cosas con filosofía.

A última hora se me ocurre que tal vez la felicidad de Próspero á quien todo le salió mal se debió á que supo convencerse á tiempo de que la vida es un sainete y naturalmente la tomó á broma.

Sea de ello lo que quiera, Próspero supo ser feliz porque... sí.

Ricardo Revenga.

UNA PERRADA

Escenas semejantes á la que va á referirse ocurrieron en Andalucía, en Valencia, en Alcoy y en Cartagena.

Los pueblos que antes del año 1868 sufrían y callaban, al oir sonar los gritos de «viva la libertad» siguieron sufriendo, pero no se resignaron á callar.

Hay un refrán que dice, que no hay mal que por bien no venga, y este refrán, como todos verdaderos, paréceme que no pierde su carácter de tal volviéndole del revés. Más claro, creo que también es cierto que no hay bien que males no traiga.

La revolución francesa, que tantos bienes produjo, llevó tras sí la *época del terror*.

La revolución española á pesar de haber sido ador-



EL RECOVERO, copia de un cuadro de J. de Guzmán

nada con el calificativo de *gloriosa*, también tuvo sus errores. Es decir; en rigor de verdad no fueron los errores de la revolución; las ideas, los principios, no se equivocan nunca; los hombres son los que se equivocan.

Pero observo que siendo mi propósito referir un suceso que podrá ser más ó menos interesante, he olvidado mi deseo, y dejándome llevar de ciertas aficiones de dómine y de filosofastro, que son en mí un vicio incorregible y muy feo y por el cual pido mil perdones, he agarrado la pluma, he escrito el título de esto que será artículo ó sabe Dios qué, y efectivamente, como sólo Dios sabe lo que ha de ser, lo he comenzado como si quisiera escribir un artículo de fondo de un periódico que se publicara en un pueblecillo de Teruel.

Afortunadamente he venido á caer de mi burro, y creyéndome aun en ocasión de remediar mis yerros los confieso, doime tres ó cuatro golpes de pecho y, sintiendo dolor de contrición y de atrición, hago propósito de enmienda y voy á probarlo.

Si es el lector andaluz elija el pueblo de Andalucía que más sea de su agrado, y tenga por cierto que el elegido por él es el lugar de la escena de mi cuento.

Si es valenciano ó de cualquiera otra región española, también dejo á su arbitrio que sea K, H ó R el pueblo en que allá por el año 1873 la gente que trabaja mucho y come poco, quiso volver la oración por pasiva, y comer mucho y no trabajar nada.

Para realizar su deseo no halló medio mejor que llevar á la práctica las teorías que predicaba cierto periódico que se titulaba socialista, sabia publicación que comparaba la sociedad á una banasta de higos colocados por capas. Las últimas representaban las clases trabajadoras, oprimidas y prensadas por las capas superiores. ¿Qué otro mejor medio para resolver la cuestión social que volver la banasta de manera que los oprimidos y prensados hasta entonces fueran los opresores y los *prensantes*, si se permite la palabra?

Con el fin de realizar esta solución si no muy científica muy práctica, dejaron los obreros, los unos los martillos, los arados los otros y echáronse á las calles vociferando, no con rugidos de fiera, sino con gritos de imbéciles hambrientos: «¡Mueran los ricos!»

Pandillas de gentes descamisadas recorrían las calles dando aullidos y haciendo disparos que atronaban el aire.

El que hubiera atribuído aquellos desmanes á otra causa que no fuera un exceso de vino y una falta de buen sentido se equivocara seguramente.

No era la maldad la que movía á aquellos infelices, era el cansancio, era el hambre, era un desahogo del asno, su natural retozo cuando se siente libre y en pleno campo.

Las casas de los vecinos acomodados estaban convertidas en fortalezas, hasta el punto de que cada ventana era una aspillera erizada de escopetas.

El Administrador de Rentas Estancadas del pueblo de nuestro relato érase un retirado del ejército, honradote, bigotudo y de carácter agrio, que con su esposa, raro ejemplar de señoras del antiguo régimen, y sus hijas, dos morenas encantadoras que reunían todas las gracias andaluzas, constituía un verdadero modelo de familia honrada, modesta y dichosa.

Doña Teresa, la administradora, y sus hijas temblaron ante la *hidra revolucionaria*, como tiemblan las palomas á la vista del milano.

Don Juan, que así se llamaba el jefe de esta familia, presa de verdadero pánico al sentir los primeros gritos sediciosos, cargó su escopeta y preparóse á huir á la capital para hacer entrega de los fondos existentes en caja, los cuales, convertidos en oro al anuncio de la asonada, tenía de antemano colocados en un talego que el centinela de la casa, un mastín hermoso y fiero como un león, custodiaba echado al pie de la mesa-escritorio.

La esposa del Administrador, después de haber rezado el rosario en unión de sus hijas, pálidas como muertas, murmuró devotamente el trisagio á que sólo acudía cuando descargaban grandes tormentas.

Don Juan ensilló su caballo, calzóse las espuelas y febrilmente recorría su despacho de un extremo á otro, mientras en la calle menudeaban tiros, gritos, imprecaciones soeces y carreras de gente perseguida, ruidos que despertaron al mastín y le enfurecieron haciéndole gruñir y lanzar roncos ladridos.

Pero el Administrador no sosegaría hasta poner sus fondos en lugar seguro.

– Juan, – le decía su mujer en vista de sus preparativos de marcha, – medita lo que intentas. Es una temeridad que salgas de casa. Esa canalla...

– ¡Por la Virgen Santísima! no te separes de nuestro lado, – interrumpieron sus hijas.

Don Juan, sin atender á los ruegos de éstas ni á las observaciones de su mujer, esperaba á que cerrase la noche para partir escudado en las sombras.

Las horas trascurrieron largas como siglos sin que en el interior de aquella casa se oyese otro rumor que el de las espuelas de D. Juan, cuyas pisadas apagaba la estera de esparto de su despacho, el chocar del rosario que repasaba doña Teresa, los suspiros hondos y continuos de sus hijas y el estertor del mastín que dormitaba.

De vez en cuando D. Juan miraba á la calle por las rendijas de una ventana, y como viera grupos de gente sospechosa en las inmediaciones de la casa, retornaba cauteloso y sombrío á sus maquinales paseos.

Nuevos disparos, nuevas carreras y nuevos gritos turbaron el silencio siniestro de aquellas calles tenebrosas y un temblor nervioso pertinaz apoderábase de aquella aterrada familia.

Tres golpes atronadores conmovieron de improviso la casa-administración: eran tres fuertes aldabonazos en la puerta de la calle que retumbaron en los oídos de D. Juan como si fueran otros tantos hachazos descargados en su cabeza.

Despertó colérico el mastín derribando sillas y produciendo indescriptible estrépito y avanzó á la puerta lanzando ensordecedores ladridos.

– ¿Quién va? – gritó D. Juan con voz ronca.

Calló el mastín al grito del amo y otra voz medrosa desde fuera exclamó:

– Don Juan, esté V. prevenido: la gente se prepara para saquear su casa.

Dicho esto, el que así hablaba corrió como una exhalación, ahogando el ruido de sus pisadas un disparo próximo y nuevos ensordecedores ladridos del mastín, cuyas uñas amenazaban desgajar la puerta.

Don Juan, rodeado de su familia atribulada y llorosa, se dispuso á partir.

Tomó de la mesa de su despacho el talego de los fondos, y dirigiéndose á sus hijas, exclamó:

– No hay otro remedio: es preciso salvar el dinero, pues en ello me va el destino. Si intentaran saquear la casa, franqueadla: que se lo lleven todo en buen hora. ¿Tienes la llave del postigo, Teresa?

– Puesta está por dentro.

– Andando pues.

Bajó al patio de la casa seguido de la familia, desató el caballo, montó en él, llevando por delante el saco con el dinero, y desenganchó la escopeta disponiéndose á marchar.

– Mucho cuidado, Juan, exclamó llorosa doña Teresa.

– Adios, papá, balbucearon las niñas deshechas en lágrimas.

El mastín asomaba entre tanto sus dilatadas narices por las rendijas del postigo, sacudiendo el rabo en signo de marcha, pero sin dar señal alguna de alarma.

– Hasta la vuelta, exclamó D. Juan.

Rechinó la llave, crujió la puerta y salió. Las herraduras de su caballo redoblaron en el empedrado de la calle y volvió á cerrarse el postigo.

Fuése poco á poco extinguiendo el ruido de las pisadas, al par que la angustia indescriptible de doña Teresa y sus hijas que escucharon junto á la puerta breves instantes temiendo oir algún disparo dirigido contra don Juan.

Este continuaba su camino tomando los puntales de las casas ruinosas por forajidos apostados en acecho, el cuarrear de las ranas por el murmullo lejano producido por los gritos de los sublevados, y el tintineo de las espuelas por el eco de las campanas tocando á rebato.

QUEENSFERRY (ESCOCIA) – PUENTE SOBRE EL FORTH, EL MAYOR DEL MUNDO

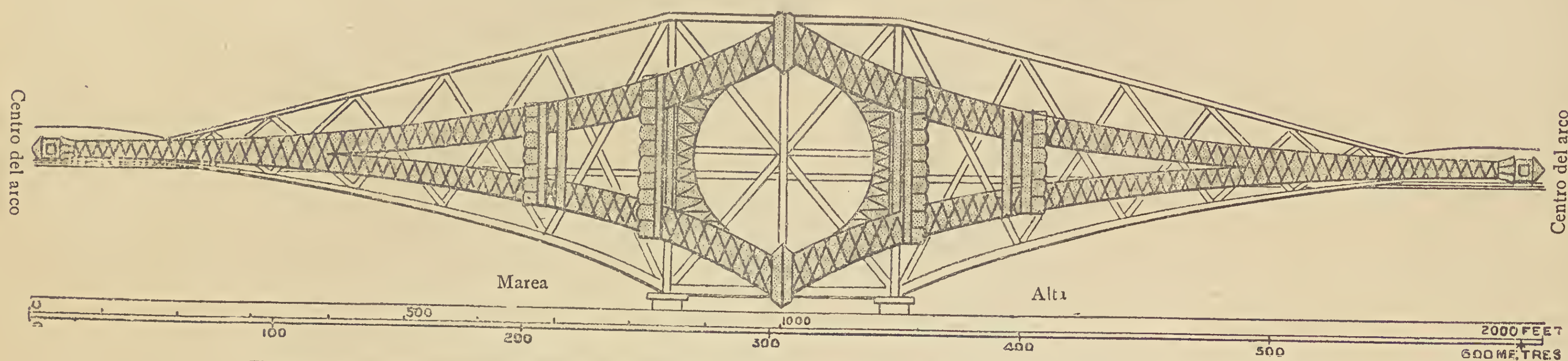


Figura 1. – Tamaño comparativo de dos torres Eiffel, puestas horizontalmente, con la viga equilibrada *(cantilever)* de Inchgarvie

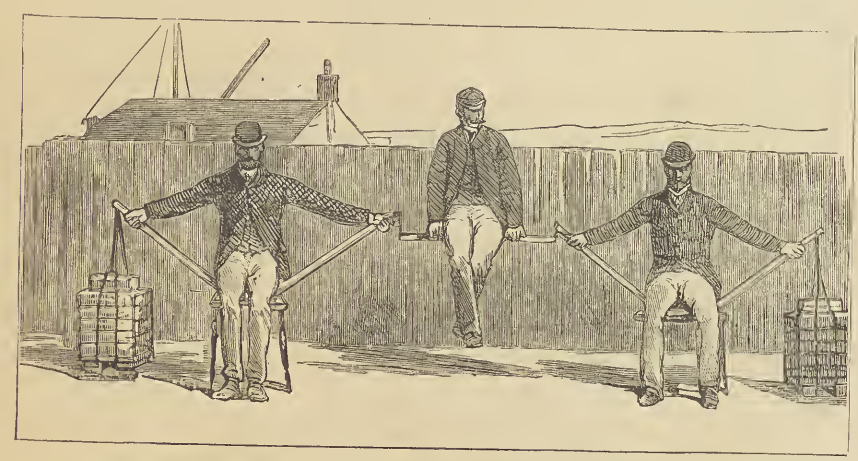


Figura 2. – Demostración del principio mecánico de la construcción del puente

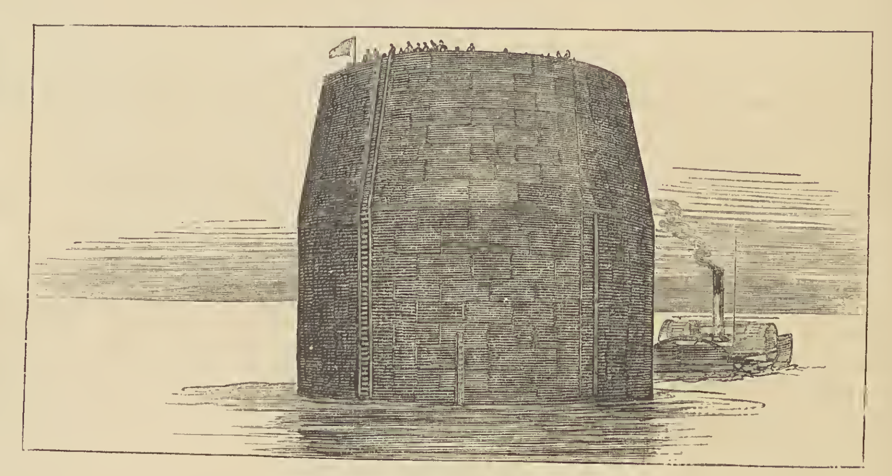


Figura 3. – Remolque de un cajón

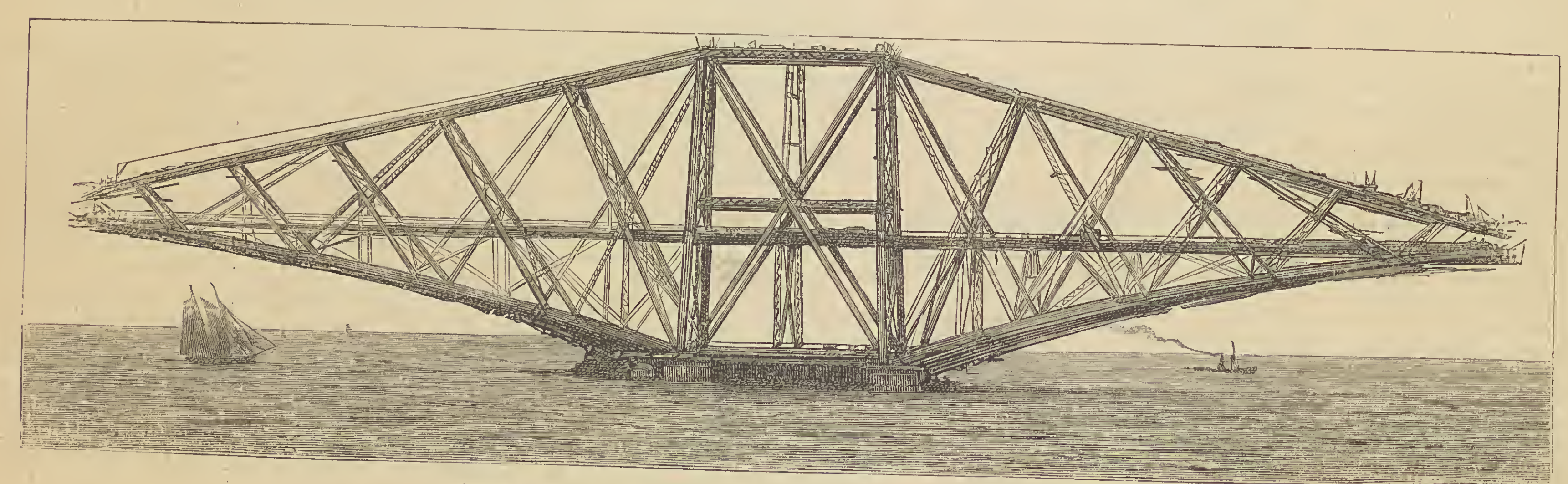


Figura 4. – Vista del puente antes de que los arcos estuviesen unidos en sus centros

Así iba atravesando la ciudad describriendo al doblar de cada esquina una amplia curva no sin observar antes las orejas del caballo, brújula infalible que en estos casos consulta el temor.

Llegó D. Juan á una espesa alameda que se extiende más allá de los arrabales del pueblo cuando notó que iba suelta la montura del caballo.

Apeóse y al poner pie en tierra vió el resplandor de un fogonazo á medio kilómetro de distancia, seguido de una detonación.

Sin duda le perseguían. Arregló precipitadamente la silla, mientras el perro avanzaba furioso hacia el sitio del disparo, volvió á montar velozmente y, clavando las espuelas en los ijares de su caballo, partió á galope.

A poco el mastín presentóse dando saltos y ladrando desaforadamente delante del caballo, á quien parecía querer morder en el cuello.

– ¡Fuera, Leal! – gritó D. Juan.

El perro insistía dando aullidos entre los brazos de la cabalgadura, que se descomponía al esquivar aquellas acometidas furiosas.

– ¡Fuera! – volvió á gritar el jinete.

Pero Leal, cada vez más rabioso, lanzaba feroces ladridos ante el caballo que volaba.

– ¡Leal, fuera!

El mastín redobló sus saltos, sus ladridos y su furia, amenazando dar en tierra con caballo y jinete.

Don Juan entonces echó mano á la escopeta y sonó un disparo al que siguió un aullido doloroso del pobre Leal que rodó herido de un balazo.

Mientras el perro huía trabajosamente en dirección opuesta exhalando ladridos lastimeros, D. Juan picó espuelas y aceleró su marcha á todo galope, mientras meditaba sobre las extrañas acometidas del perro que le auguraban algún triste percance.

Después de media hora de carrera, y cuando ya la aurora comenzaba á alborear, D. Juan advirtió aterrado que el talego le faltaba. Sin duda, como Leal se lo advertía, lo dejó en la alameda por la precipitación de su huida al notar que le perseguían. Ya estaría el dinero en poder de sus perseguidores: era hombre perdido.

Don Juan, en aquel momento de suprema angustia, pensó en sus hijas, y una lágrima resbaló por su rostro desencajado, mientras atónito derramaba vagas miradas en rededor suyo.

Volvió la grupa y partió á escape en dirección á la alameda, tan exhausto de esperanzas como preñado de congojas.

Llegó por fin á aquella llanura poblada de corpulentos álamos, silenciosa y solitaria como mansión de muerte y apenas iluminada por la escasa luz del naciente día. Miró al sitio en que debía permanecer el talego con los fondos y había desaparecido.

Don Juan quedó petrificado.

De improviso se fijaron sus ojos en un rastro de sangre.

– ¡Leal, Leal! exclamó.

Tan sólo el eco respondió á su grito en aquellas soledades.

Siguió el reguero de sangre y al pie de robusto y añoso álamo distinguió un bulto negro.

Era Leal tendido sobre un charco de sangre cubriendo con su cuerpo ya inerte el talego de dinero olvidado por su amo.

Don Juan dió un grito de alegría indescriptible al descubrir intacto el saco, y apartando al perro con un fuerte puntapié, montó de un salto sobre su caballo y huyó á galope.

El sol asomando su disco rojo sobre las cumbres de los lejanos cerros iluminó con luz vivísima el ensangrentado cadáver de Leal.

F. TEODOMIRO MORENO.

NOTICIAS VARIAS

ASCENSIÓN AL KILIMANDJARO (AFRICA ORIENTAL). – La primera ascensión al Kilimandjaro, la montaña más alta de Africa, ha sido realizada por los señores Purtscheller (de Salzburgo) y Hans Meyer (de Leipzig) en 6 de octubre de 1889.

Las anteriores tentativas de Johnston (1884), de Teleki (junio de 1887), de Meyer (julio de 1887), de Otón Ehlers (noviembre de 1888), no habían pasado de los 4.300, 4.500, 5.650 y 5.740 metros respectivamente. El obstáculo que impedía pasar adelante, era un muro de hielo de 200 metros inclinado á 35°: Mr. Purtscheller ha logrado salvar esa dificultad para tantos insuperable.

Los resultados de la expedición que ha exigido una permanencia de 15 días á una altura de más de 4.000 metros son: 1.° comprobar que la verdadera altura de la montaña es de 6.000 metros en vez de los 5.700 que hasta ahora se creía; 2.° reconocer la existencia en la cima del monte de un cráter circular de 2 kilómetros de diámetro y 200 metros de profundidad; 3.° descubrir un ventisquero formado en el cráter por la acumulación de las nieves que se prolonga por una escotadura en el borde occidental descendiendo verticalmente sobre los declives de la cumbre en una extensión de unos 3 kilómetros (600 metros de altura vertical).

LOS INGLESES EN EL LAGO TCHAD. – Los ingleses continúan remontando tranquilamente el Níger y hasta penetrando en el Sudán. En efecto, se anuncia que una misión dirigida por Mr. Graham Wilmot Brooke se dispone á partir en dirección á los Estados del lago Tchad, entre Sokoto y el lago, con el objeto especial de firmar tratados de protectorado con los haussas, rica y poderosa tribu de los fulas, que viven al Este y al Norte de Sokoto y aun se extienden por el Sahara, en donde su comercio hace la competencia al de los tuaregs.

Mr. Wilmot Brooke anuncia la pretensión de evangelizar y poner bajo el protectorado británico no sólo á los haussas sino también á los 60 millones de musulmanes que pueblan el Sudán. La ambición de Inglaterra de anexionarse todo el Sudán nunca había sido tan franca y claramente confesada como en esta ocasión.

(De la *Gazette Geographique)*

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN